

Jorge Millas (1917-1982)

Perfil orteguiano de filósofo chileno*

Presentación de Francisco José Martín

Jorge Millas es, sin duda, el filósofo chileno más importante y representativo del siglo XX. Es también, sin que tampoco puedan caber dudas al respecto, algo más que un filósofo o un mero profesional de la filosofía, una suerte de intelectual comprometido con su tiempo y su circunstancia que nunca se sustrajo a la intervención pública ni a que su palabra resonara más allá de las aulas, bien desde las columnas de prensa, bien participando activamente en la construcción de un sistema universitario acorde con la sociedad democrática que defendía, bien cargando sobre la fragilidad de su figura la responsabilidad de levantar la voz contra la dictadura del general Augusto Pinochet y convertirse en referente moral de las esperanzas de la sociedad civil chilena. Es por ello que la obra de este singular filósofo no puede reducirse –sin traicionarla– al cómputo descriptivo de sus libros, sino que debe abarcar también –necesariamente– su ingente dedicación universitaria (como docente y formador de una larga estela de discípulos y como administrador reformista dentro del sistema) y su creciente participación de carácter ético-político en la búsqueda de una salida democrática a la dictadura.

* Este trabajo se integra en los resultados del Proyecto de Investigación FFI2016-76891-C2-1-P, financiado por la Agencia Estatal de Investigación (AEI) del Ministerio de Economía, Industria y Competitividad y el Fondo Europeo de Desarrollo Regional (FEDER) de la Unión Europea. La presente edición se ha llevado a cabo durante mi estadía de investigación en el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad de Playa Ancha de Valparaíso (julio 2017-enero 2018) mediante el Proyecto Atracción de Capital Humano Avanzado del Extranjero, Modalidad Estadías Cortas (MEC) n.º PAI8160063. Los Dres. Patricio Landaeta y Braulio Rojas, del citado Centro, han colaborado en la edición y presentación. Agradezco a la Sra. Lina Ángela Besaccia su ayuda en la localización del texto y al Dr. José Miguel Vera su relato de la vida de “Don Jorge” en la terraza de su casa de Viña del Mar mientras contemplábamos el misterio insonable de los atardeceres del Pacífico.

Cómo citar este artículo:

Martín, F. J. (2018). Jorge Millas (1917-1982). Perfil orteguiano de filósofo chileno. *Revista de Estudios Orteguianos*, (36), 163-178.

<https://doi.org/10.63487/reo.269>

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 36. 2018
mayo-octubre

Nació el 17 de enero de 1917 en San Bernardo, una localidad al sur de Santiago perteneciente a la Región Metropolitana. La muerte temprana de su madre (1922) y de su hermano menor (1937) marcaron su carácter retraído y un sufrimiento interior que raramente dejaba aflorar a la superficie y que a la larga iba a constituir una traza distintiva de su personalidad. En 1929 ingresó en el Instituto Nacional Barros Arana (INBA), un centro educativo de gran prestigio en la época (y no sólo en Chile sino en toda Sudamérica) y en el que el joven Millas encontraría el ambiente idóneo para el desarrollo de su personalidad intelectual. En el INBA coincidió y trabó íntima y duradera amistad con Nicanor Parra, Luis Oyarzún, Carlos Pedraza y Hermann Niemeyer, todos ellos figuras de primer plano después –como Millas– en la vida cultural chilena. Allí se los recuerda como el “quinteto de la muerte” por su pasión y activismo cultural: juntos fundaron en 1935 *Revista Nueva*, de vida breve y distribución interna, índice de sus primeros pasos en el campo de la cultura y de un sodalicio que iba a resistir a las embestidas y desaires del tiempo futuro.

Lee con fervor a Ortega y Gasset, quien deviene enseguida un modelo de pensamiento al que iba a permanecer fiel durante toda su vida. Lee también a Bergson, Nietzsche, Spengler, Simmel, Freud y Hartmann. En poesía admira a Pablo de Rokha por encima de los nombres mayores de Huidobro, Neruda o Mistral. En la Universidad de Chile cursa estudios de Derecho, Historia y Filosofía. Publica dos poemarios: *Homenaje poético al pueblo español* (1937) y *Los trabajos y los días* (1939). El primero se inscribe dentro de la amplia movilización de la sociedad chilena en favor de la causa republicana en la Guerra Civil española. El asesinato de Federico García Lorca marca en esos años el nexo indisoluble entre el compromiso poético y el compromiso político del joven Millas: en 1938 fue elegido Presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile y viajó a Nueva York al II Congreso Mundial de Juventudes como delegado de la Juventud Socialista chilena (allí leyó su importante *Teoría del pacifismo*).

Trabaja amistad con José Ferrater Mora, recién llegado a Chile como refugiado de la Guerra de España y quien se iba a hacer cargo de la dirección de las colecciones filosóficas de la Editorial Cruz del Sur, fundada por Arturo Soria y máxima expresión del quehacer cultural del exilio republicano español en Chile. En 1943 publica *Idea de la individualidad*, libro ejemplar y programático que llamó poderosamente la atención de la crítica (lo reseñan, entre otros, el gran Díaz Arrieta, Ferrater Mora y Luis Oyarzún). Ese mismo año, recién casado y con una beca modesta, se traslada a Estados Unidos para ampliar estudios con un máster en sociología y un doctorado en filosofía a la postre inacabado por falta de recursos. En 1946 se traslada a Puerto Rico contratado por la Universidad de Río Piedras: el rector, Jaime Benítez, había constituido a su alrededor una suerte de foco latinoamericano del orteguismo en el exilio e impulsaba un proyecto educativo que tenía en *Misión de la Universidad*, de Ortega, su principal fuente de inspiración. Allí publica en 1949 *Goethe y el espíritu de Fausto*, libro que consolida y afianza su vinculación con el orteguismo.

El 1951 regresa –solo– a Chile y empieza una larga andadura académica en la que se irá abriendo paso poco a poco hasta ir ocupando cargos de responsabilidad institucional dentro del sistema universitario chileno: profesor de Teoría del Conocimiento y de Filosofía del Derecho en la Universidad de Chile, Director del Departamento de Filosofía, Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Austral de Chile. Además: miembro de la Academia Chilena de la Lengua y Presidente de la Comisión Nacional de Cultura en el gobierno democristiano de Frei Moltalva.

Entre 1956 y 1957 publica varios artículos sobre Ortega: “Ortega y la responsabilidad de la inteligencia” y “Ortega y el tema de las masas: interpretación y variaciones”. Y seguidamente una sucesión de libros que iban a otorgarle un lugar de reconocimiento y prestigio en el campo cultural chileno: *Ensayos sobre la historia espiritual de Occidente* (1960), *El desafío espiritual de la sociedad de masas* (1962), *Introducción a la filosofía* (1966), *Idea de la filosofía. El conocimiento* (1970), *De la tarea intelectual* (1974).

En 1975 publica dos artículos que iban a colocarlo frente al régimen de Augusto Pinochet: “La Universidad vigilada” y “Las máscaras filosóficas de la violencia”. La respuesta es contundente y Millas tiene que abandonar la Universidad de Chile a principios del año siguiente. Siguen años difíciles en Valdivia, sede de la Universidad Austral, donde Millas se esforzará por mantener vivo el espíritu universitario en las circunstancia adversas de la dictadura, hasta que ésta, al fin, no toleró más su magisterio y le obligó a la renuncia en 1981. Un año antes –sin duda sin quererlo– Millas se había puesto visiblemente en cabeza de la oposición al régimen dictatorial: el 27 de agosto, en un acto organizado en el Teatro Caupolicán de Santiago por las fuerzas de oposición, leyó un discurso inequívoco que tres días después publicaría en diario *El Mercurio* con el título de “Con reflexión y sin ira”. La fuerza de su discurso gana a una platea que se recoge alrededor de su palabra: la denuncia es política, sin duda, pero detrás se levanta una figura moral que iba a enfrentar el razonamiento ético a la fuerza impositiva del régimen.

En 1981 publica *Idea y defensa de la Universidad* y en 1985 apareció póstumo *Escenas inéditas de Alicia en el país de las maravillas*. Millas murió el 8 de noviembre de 1982. Desde su salida de la Universidad Austral le faltó un sustento económico al que tuvo que poner reparo con clases privadas a las que él –con delicada ironía– solía referirse como su inserción definitiva en el mundo del libre mercado.

“Carta a José Ortega y Gasset” es uno de los primeros artículos del joven Millas, del poeta con intereses filosóficos que era o quería ser entonces. Antes había publicado “Soledad humana y expresión estética” y “La individualidad y el sentido de la vida”, pero en la *Carta* se aprecia un salto de calidad, una madurez –intelectual y expresiva– difícil de imaginar en un joven de veinte años. La carta a Ortega iba a integrar en su intención un libro que a la postre nunca aparecería, *Cuatro temas de América* (de la misma manera que en *Los trabajos y los días* también se anuncia un libro titulado *Meditación de la libertad* que

tampoco acabaría viendo la luz). El texto de Millas vertebría tres temas que a la sazón hay que considerar como las preguntas sobre las que se sustenta su despertar a la filosofía: la concepción del hombre (algo que Millas desarrollaría en su primer libro, *Idea de la individualidad*), la identidad americana y su relación con la cultura europea (y aquí Millas ve perfectamente el peligro de aislamiento y consiguiente irrelevancia de una supuesta cultura latinoamericana) y la cultura global a la que –mucho antes de que se hablara de globalización– él veía que tenía el destino del planeta. No es casual la elección de la forma epistolar para su artículo, pues de ese modo se facilita la ficción de un diálogo vertical entre dos personalidades filosóficas que se encuentran en muy distinta relación con la filosofía: un maestro y un discípulo, un filósofo y un aprendiz, un caminante y un guía. Tampoco es casual, claro está, que la carta se dirija a Ortega: “Hago de usted –dice Millas– el sendero hacia el país de mi ser esencial”.

Publicado en *Atenea. Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes* de la Universidad de Concepción (Chile) con la siguiente referencia: Año XIV, Tomo XXXVIII, n.º 147, correspondiente al mes de septiembre de 1937 (pp. 561-573), el texto de la carta iba precedido de un subtítulo entre paréntesis, a modo de indicación de los temas-problemas desarrollados por Millas: “(Humanización del hombre. Pregunta sobre América. Cultura mundial)”. Y se cerraba con otro paréntesis en el que Millas precisaba la pertenencia de la carta a un futuro libro que finalmente no llegaría a publicar: “(Del libro en preparación *Cuatro temas de América*)”. Para la presente edición se han corregido erratas, subsanado errores y acercado a su uso actual los signos de puntuación. La carta de Millas comprendía tres notas a pie de página que en la presente edición se señalan con la apertura de “Nota del autor” (los añadidos o comentarios a dichas notas se señalan entre corchetes []). Las demás notas deben entenderse como propias de nuestra edición. Las citas y referencias a los escritos de Ortega se dan entre paréntesis, indicando en números romanos el volumen y en números arábigos la página o páginas correspondientes a su edición de *Obras completas*, 10 vols. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Taurus, 2004-2010.

JORGE MILLAS

Carta a José Ortega y Gasset

Hace tiempo que alienta en mí la idea de una singular aventura: escribirle unas páginas como las que hoy, no sé por qué designio, me veo en la necesidad de dirigirle.

He pensado mucho, antes de hacerlo, en los vientos adversos que soplarán la marejada al desplegar sus velas el barco de este extraño antojo¹. Por ejemplo, creo que no sería sorprendente que alguien, cuidando de su salud quebrantada, evitara a usted el gesto de derroche espléndido que significaría atender unos instantes a este capricho epistolar. Tampoco me asombraría si usted, pensando en España, en “los años de dolor y de cauterio”² de su España, suspirara amargamente por la falta de escrúpulos del joven insensato que una tarde, paseando misantrópico y desconocido por una plaza pública de una pequeña población sudamericana, vino a parar en la ocurrencia de turbar la conmovedora beatitud espiritual de su destierro³. Y sé también que usted ha de preguntarse, entre otras cosas, cómo hay todavía gentes que, conociéndolo,

¹ Nótense cómo desde el principio el joven Millas configura su discurso en la vecindad del estilo orteguiano: la imagen de la navegación marina, característica reconocible de la escritura orteguiana, sirve a Millas para desplegar un campo metafórico funcional a la vertebración del texto (el siguiente párrafo da inicio con “Mas, cuando uno eleva anclas”), tal como usa hacer el propio Ortega (*vid.* Ricardo SENABRE, *Lengua y estilo de Ortega y Gasset*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1964).

² La cita, aunque imprecisa, recoge y se aproxima a una expresión orteguiana contenida en el artículo “En la muerte de Unamuno”, publicado en el diario *La Nación*, de Buenos Aires, el 4 de enero de 1937 (el mismo año de la “Carta” de Millas): “En esta primera noche de 1937, cuando termina el que ha sido para España el «año terrible» –este año de purificación, año de cautribo– (...).” (V, 409). El artículo de Ortega tuvo un notable impacto en América latina (*vid.* en propósito Marta CAMPOMAR, *Ortega y Gasset en La Nación*. Buenos Aires: El Elefante Blanco, 2003, pp. 322-323) y pone de manifiesto de manera perentoria el interés del joven Millas por la figura y el pensamiento de Ortega (un interés que no se limitaba a sus libros sino que comprendía el seguimiento de sus colaboraciones en la prensa argentina).

³ Sobre los exilios de la Guerra Civil española y, en particular, el de Ortega, me permito reenviar a mi reseña “El dedo en la llaga”, en *Revista de Estudios Orteguianos*, n.º 33 (2016), pp. 227-231.

puedan creerlo en ociosa vacancia de buena voluntad hacia todo el mundo, trátese o no de candorosos estudiantes de filosofía.

Mas, cuando uno eleva anclas, ¿a qué pensar en el buen o mal humor de los dioses? El sino propicio viene a los hombres precisamente cuando éstos no lo invocan. Y nada hay que marchite más prontamente la floración de la vida que un clima de desesperanza.

No ha mucho, releía de usted –por segunda o tercera vez, ¿puedo acordarme acaso?– las páginas admirables de su ensayo de *El Espectador*, “Biología y pedagogía”⁴. Y un súbito estío interior hizo madurar en mí el sesgo aquél entre vida ascendente y decadente. Quiero excluirme, con voluntaria decisión, de “aquéllos que sienten su vivir como inferior a sí mismo, como faltos de propia saturación”⁵. Por el contrario, bregando estoy por un destino de “lujosa generosidad, de rebasamiento de la interna abundancia, sintiéndome saturado de mí mismo, sin percibir mi propia limitación”⁶. Así, con la misma claridad que usted ha puesto en pensarlo y el fervor con que lo ha dicho.

Asuma, pues, la responsabilidad de la ocurrencia que hoy me lleva a ofrecerle un poco de mi aroma íntimo, con la misma unción que pone el santo en quemar incienso en el altar del holocausto.

Yo le escribo esto según su fórmula de taparse los oídos al estruendo callejero, a fin de percibir el leve rumor de la marea que adentro nos conmueve⁷.

⁴ Millas se refiere al primero de los dos ensayos incluidos en la sección “Ensayos filosóficos (Biología y pedagogía)” de *El Espectador III* (1921): “El Quijote en la escuela” (II, 401-429). La aparente petulancia de un joven de veinte años que habla de “re-lectura” debe entenderse en la dirección de un interés juvenil consagrado a la figura y a la obra de Ortega.

⁵ Nótese cómo el joven Millas pliega la frase de Ortega –sin traicionar su sentido– a las exigencias de su propia expresión. La cita antecedente a esta llamada en nota y la siguiente están sacadas del apartado “Vida ascendente y decadente” del ya citado “El Quijote en la escuela”: “Lo típico de este fenómeno [vida decadente] es que el sujeto siente su vivir como inferior a sí mismo, como falto de propia saturación” (II, 416).

⁶ “Hay quien siente brotar su actuación espiritual de un torrente pleno de energía, que no percibe su propia limitación, que parece saturado de sí mismo. Todo esto nace en almas de este tipo con la plenitud magnánima de un lujo, como un rebosamiento de la interna abundancia” (II, 416).

⁷ “Es, en efecto, característico de los hombres de acción la carencia de vida interior. Puesto el oído al estruendo forastero no atienden a los íntimos rumores” (“Ideas sobre Pío Baroja”, en *El Espectador I*, II, 231). El pensador, en cambio, como sugiere Millas, debe operar al contrario: substrayéndose al ruido ambiente y retirándose a su recinto interior. Pero no para quedarse en él y aislarlo del mundo, sino para descubrirse en su intimidad más propia y volver seguidamente al mundo con una voz auténtica y verdadera. En otro lugar (“Socialización del hombre”, en *El Espectador VIII*) dirá Ortega: “El que quiera meditar, recogerse en sí, tiene que habituarse a hacerlo sumergido en el estruendo público, buzo en océano de ruidos colectivos” (II, 828).

Necesito descender hasta la ciudad profunda de mi espíritu, donde tantos asuntos me están aguardando. Se trata del “negocio de mi salvación”, más difícil que el de los cautelosos jesuitas, porque es el de la justificación del alma ante sí misma, la salvación mía y ante mí. ¿Y cómo lograr este viaje de silencio? Al partir, me encuentro en una sorpresa inesperada, primera nota para un diario de intimidades: cuando el hombre quiere buscar al sí propio, cuando ha de hacer el descenso solitario hasta la subtierra brumosa de su ser, hallase ante la circunstancia paradojal de tener que hacerlo a través de otros hombres. La vuelta hacia sí la encuentra virando hacia los demás.

Esto me ha sorprendido profundamente. Cuando uno más seguro se creía de ser el caballero solitario de sus provincias y de gozarse escuchando el canto circular de sus molinos interiores, sin más testigo que el propio oído que lo escucha, se da cuenta que el camino de la casa propia lo halla sólo si el vecino ha querido contestarle donde está la suya. La soledad metafísica del hombre, su inmersión como *ser* en el *ser*, que había sido hasta ahora el melancólico tema de mi juventud, se me aparece hoy, cuando en estos pensamientos he parado, de muy distinta manera cómo la he visto en mi poesía y en las privadas reflexiones escritas que algunos amigos me guardan por ahí⁸. Resulta así, que la intimidad del hombre se extiende desde sí a los demás y que la soledad humana no es la del individuo, sino la del hombre como conciencia universal.

Esto lleva a muchas consecuencias. Desde luego, a través de una estricta experiencia personal, en el vértice mismo de una vivencia luminosa, podemos hallar la refutación intuitiva del concepto hoy tan de actualidad acerca del hombre: a saber, que éste ha de afirmar una singular y privada voluntad de dominio frente a los demás, y que esta afirmación implica la negación de todo lo que a ella se oponga. Ejemplo elocuente de este concepto lo da la descabellada tesis política del fascismo. Lo ha dado también en la ciencia la teoría darwiniana y lo sigue dando aún el hombre masa⁹, que no pierde ocasión de decir cí-

⁸ La soledad, en efecto, aparece con frecuencia en la poesía de Millas, sobre todo en su segundo libro, *Los trabajos y los días* (1939), más como ambiente espiritual que envuelve al canto o como lugar sentimental desde el que el yo-poético se expresa, aunque también lo haga ocasionalmente como tema (*véase*, por ejemplo, *Mar, soledad, eternidad*, poema representativo contenido en el libro citado e incluido también en la antología de Tomás Lago, *8 nuevos poetas chilenos*, publicada en el mismo año). De las “privadas reflexiones escritas que algunos amigos [de Millas] guardan por ahí” nada se sabe, salvo el misterio y las leyendas de vario tipo que acompañan al destino aciago de la biblioteca de Millas. De lo que sí cabe dar fe en este punto es de su temprano artículo “Soledad humana y expresión estética”, publicado en *Revista Nueva* (Santiago de Chile), n.º 1, invierno 1935.

⁹ “Nota del autor”: Tomo esta palabra, ahora y en lo sucesivo, en el sentido estrictamente conceptual que usted le da en *La rebelión de las masas*: para mí, hombre-masa es, especialmente,

nicamente a todo el mundo: "la vida, amigo, es lucha feroz", sin darse cuenta que en la vida no hay más ferocidad que la que él pone en decir tal desatino¹⁰. No creo que sea ahora, en años de filosofía irracionalista, o como usted convenga en llamarla, tiempo señalado para negar el significado de la voluntad de dominio en la vida del hombre. Pero es preciso aclarar primero en qué sentido especial tal función se cumple. Y como a otras cosas voy más a preguntarle que a decirle, y no puedo, por lo tanto, quedarme pensando en esto, creo que es suficiente, para mi propia orientación, decir al respecto sólo lo que sigue.

Vivir es, efectivamente, concretar la forma de la vida, si la vida es la "tarea" o el "quehacer" que usted tantas veces ha definido. Lograr una forma, es decir, una precisión espacio-temporal de ese contenido primario de la vitalidad, es hacerse la vida¹¹.

Esta formulación de la vida es, sin duda, un proceso de individuación, o más claro aún, de suspensión de la cantidad elemental que cada hombre representa sobre el área de todas las cosas. Pero, y hasta aquí llego, esto no implica un proceso bélico, ni un espectáculo de caverna. Por el contrario, para afirmarse cada individuo ha de hallar su propia clave en la cultura, su puesto en la humanidad que le precede, milenaria. La individualización del hombre, como es proceso cultural, es también un hecho de comensalidad histórica. Y creo que a nadie se le ocurriría gozar de una sobremesa dando de puntapiés a su vecino.

el insolente burgués capitalista. ["Dondequiera ha surgido el hombre-masa (...), un tipo de hombre hecho de prisa, montado nada más que sobre unas cuantas y pobres abstracciones y que, por lo mismo, es idéntico de un cabo de Europa al otro. (...) Este hombre-masa es el hombre previamente vaciado de su propia historia, sin entrañas de pasado y, por lo mismo, dócil a todas las disciplinas llamadas «internacionales». Más que un hombre, es sólo *un caparazón de hombre* constituido por meros *ídola fori*; carece de un «dentro», de una intimidad suya, inexorable e inalienable, de un yo que no se pueda revocar. De aquí que esté siempre en disponibilidad para fingir ser cualquier cosa. Tiene sólo apetitos, cree que tiene sólo derechos y no cree que tiene obligaciones: es el hombre sin la nobleza que obliga" (IV, 356-357). Que *La rebelión de las masas* haya constituido para Millas un libro fundamental, con el que dialoga de principio a fin de su trayectoria de pensamiento, lo prueba el hecho de la publicación de uno de sus libros mayores, *El desafío espiritual de la sociedad de masas* (1964). Ahora bien, en la fecha de la carta es probable que tuviera más reciente la lectura del "Prólogo para franceses", al que pertenece la anterior cita de Ortega, pues su texto se publicó en el diario argentino *La Nación* entre julio y agosto de 1937].

¹⁰ "Nota del autor": Sé perfectamente que no es éste el concepto que de la vida rige en la filosofía contemporánea. Desde luego, su propio sistema impide ni siquiera desearlo. Sin embargo, por razones que haré explícitas a usted más adelante, aquí en América hay que referirse a cada rato a los pensamientos que reglan la vida multitudinaria: hasta el extremo es ella aquí importante.

¹¹ La comprensión de la vida como quehacer o tarea, como faena o proyecto que realizar, tiene en Ortega una muy amplia modulación: végl. en propósito la entrada correspondiente en el *Índice de conceptos, onomástico y topográfico*, X, 1246 y ss.

Pero, en fin, retornando a lo inicial, yo le decía que fue para mí una sorpresa hacerse clara la idea, que quizá todos alcanzamos inconscientemente, de que el proceso superador del individuo por su creciente interiorización sólo es posible a través de su paulatina socialización¹².

Las vías simpáticas del *mí* hacia lo *otro*, como en dinámica de circuito, conducen a un más hondo subsuelo del *yo* profundo. Y si no, recordemos la corriente de vital renacimiento y el placer ascendente que experimentamos cuando otras almas concurren en una tonal de afinidad con nuestra vida creadora de todos los instantes. Y también el sentido de la co-emotividad, de la participación en la vivencia recóndita de un alma ajena, en los instantes de la identificación amorosa con la amada, el amigo o el maestro. Es como si sólo en esas ocasiones nos halláramos a nosotros mismos, como si siempre en la inconsciencia que es para nosotros el ser del otro, hubiese estado invernando el *yo* perdido de nuestra propia psique.

¿Comprende usted ahora, usted en quien hay la más fina sensibilidad para todo lo humano, con qué profunda necesidad le escribo estas páginas? Hago de usted el sendero hacia el país de mi ser esencial¹³.

Para mí usted es un europeo, menos por ser del continente y estar en él que por hallarse Europa en el contenido suyo, en lo que usted piensa, hace o evita. El juicio en que hago esta afirmación lo tomo como un excelente ejemplo de un juicio analítico, según la enseñanza kantiana, de tal modo me parece Europa su substancia.

A usted, pues, mejor que a nadie, se le pueden decir ciertas cosas sobre América, que, se me antoja, resumen un gran asunto mundial¹⁴.

¹² “Nota del autor”: No es éste el sentido político peyorativo de la palabra socializar, que, aunque para mí es muy respetable en sí y muy profundo, vale más que no lo use, obligado como estaría a limpiarlo a cada instante de malezas. [Nótese que el joven Millas se movió en sus años universitarios en el horizonte del Partido Socialista, muy influido también por la resonancia de la Guerra Civil española y la consiguiente movilización de la sociedad chilena (*véase* Matías BARCHINO y Jesús CANO REYES (eds.), *Chile y la guerra civil española*. Madrid: Calambur, 2013). “Fue elegido presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECH) para el período 1938-1939, en representación de la Brigada Socialista Universitaria, tras derrotar a un candidato comunista. Entre el 16 y el 24 de agosto de 1938, viajó a Nueva York al II Congreso Mundial de Juventudes como delegado de la Juventud Socialista, donde presentó un trabajo titulado *Teoría del pacifismo*”, María Elena HURTADO, *Jorge Millas: la alegría de pensar. Una biografía*. Valdivia: Universidad Austral de Chile, 2018, pp. 39-40].

¹³ Millas dejó consignada en su primer libro la capital importancia de la figura de Ortega en su vida y en su obra: “Ortega y Gasset, a quien mucho debo en el despertar de mi vocación filosófica (...)”, *Idea de la individualidad* (1943). Santiago de Chile: Universidad Diego Portales, 2009, p. 130.

¹⁴ Nótese que, en lo que era la intención inicial declarada por el autor (*véase* la presentación en apertura a nuestra edición), la presente “Carta a José Ortega y Gasset” formaba parte de un

Este recado que ahora recibe, no lo olvide, es el de un “joven que estudia filosofía”, como usted alguna vez llamara a un argentino que, según creo, le hacía también algunas preguntas¹⁵. Este joven estudiioso está ya aburrido, más que aburrido, desesperanzado de las cosas que sobre América dicen los americanos, y también de las que dicen gran parte de los europeos.

Comienzo, sí, advirtiéndole que estas cosas no pueden confesarse en América misma, porque los americanos padecen un exceso grave de optimismo. En este nuevo mundo –¿es realmente nuevo?– nadie quiere hacer preguntas. Con cierto estilo de brioso potro joven, vive aquí la gente diciendo sí a las cosas, a todas las cosas. Y este sí emocionado es más patente y radical en lo que atañe al sentido mismo del continente como cultura.

Yo no puedo creer que esto sea una virtud. La vida, como *bíos* y *logos*, lleva siempre involucrada la negación firme a ciertas cosas cada vez que se entrega con asentimiento a otras. Creo que esto, en sentido metafísico, es precisamente aquello del proceso dialéctico de la *idea* hegeliana.

La vida es por esencia creadora de valores, y éstos van quedando en el camino como la huella de plateados arabescos en la ruta de la oruga¹⁶. Mas siendo todo valor positivo sólo una fase del sistema total que con el afirmativo se completa (bueno-malo; valioso-no valioso), toda afirmación articula necesariamente la negación respectiva.

Ahora bien. Cuando el individuo adhiere a un valor, repugnando todo trato con el no valor adyacente, a más de limitar su horizonte, arriesga mucho la certeza de su juicio de valoración, por el incompleto conocimiento del sistema que valor y no-valor integran en relación indivisible. En todo proceso de valoraciones debe haber dos fases simultáneas que marchen a parejas: la fase afirmativa y la negativa que le sigue, la adhesión y el repudio, el sí y el no. A este pensamiento lo aclara mucho la siguiente paradoja: la afirmación de un valor ha de consistir no sólo en el sí clarividente de la afirmación, sino, además, en el de la negación respectiva. Ha de haber tanto de positivo en el sí como en el no.

proyecto de libro que habría de llevar por título *Cuatro temas de América*, lo que prueba el interés del joven Millas por afrontar filosóficamente –desde un horizonte orteguiano– el tema o problema de América.

¹⁵ Millas se refiere a “Carta a un joven argentino que estudia filosofía”, publicada primero en el diario madrileño *El Sol* el 4 de diciembre de 1924, después en el bonaerense *La Nación* el 28 de diciembre de 1924, y sucesivamente incluida en *El Espectador IV* (1925, II, 467-471).

¹⁶ Nótese la huella orteguiana en el estilo del joven Millas, la tensión de la frase entre la precisión conceptual y la potencia metafórica (*véase*, en propósito mi estudio “Filosofía y literatura en Ortega”, en Javier ZAMORA BONILLA (ed.), *Guía de Ortega y Gasset*. Granada: Comares, 2013, pp. 171-188).

Bueno. Aquí en América, como hace un rato le decía, hay un valor mutilado: América misma, que anda por ahí en libros y asambleas como una mano sin falanges. Todos se han olvidado de la porción negativa de esta arquitectura positiva del continente. Si no ahora, habrá que reconstruirla algún día.

Por eso, ir hasta el retiro de un europeo a hablar de estas cosas, por muy excuso que el europeo sea, sabe aquí no sólo a discrepancia conceptual, sino también a traición. Hay un sí jubiloso para América y una subsecuente negación, no menos jubilosa, para Europa.

Yo no haría otra cosa que regocijarme por tan espléndida salud del continente, si viera en ella al niño en ascenso biológico que sale a correr sin desenfado por las praderas, cazando mariposas. Pero pienso que, muy lejos de eso, hay en su actitud una soberbia anormal, y que su contentamiento es como el de los enfermos que en los últimos instantes cuentan gozosos los postreros latidos de la vida que se extingue.

¿Qué sentido tiene la afirmación de América como cultura, que de eso se trata aquí precisamente? El fundamental es este: pensar en la posibilidad de una cultura estrictamente americana, como fuente creadora de nuevos valores y de estilos inéditos. Lo absurdo no estriba tanto en desear semejante cosa como en creerla posible, aunque ya el simple desearla implica muchas anomalías, que a su visión de seguro no escapan.

Pero la mayoría de los que juzgan este problema han dado en bregar por un americanismo cultural observando que, especialmente en el arte, tiene América riquísimas fuentes ocultas de originalidad y de temas: tiene su indio, su paisaje, su tipo humano, en fin, su política y su revolución.

Mas no me parece que el alcance decisivo de la vida y de sus formas estribé en temas, en objetos a que prenderse. Muy anterior a eso es sin duda el estilo, el ritmo, la acción misma del vivir, conforme a una lógica determinada. La singularización de la vida no la hacen sus objetos, sino la calidad intrínseca de su impulso creador. Las cosas en que después de todo resulta ocupado el espíritu del hombre son el resultado de la previa y peculiar sensibilidad que ha habido para elegirlas. El que alguien tenga especial trato con algo significa que en él ha habido cierta predisposición selectiva, cierto estilo, cierta técnica. ¿No es la técnica acaso un cuerpo organizado de formas operatorias? Hay de las técnicas un sistema jerárquico que va desde el "acto" elemental de alcance práctico, hasta el "acto" superior del artista o del filósofo, que en la actualidad pura del "acto en sí" halla su razón de ser.

Una vez lograda la expresión de un alma a través de una técnica así jeráquicamente entendida, el objeto de su actuación, es decir, su tema, importa poco. El arte, por ejemplo, jamás se ha definido por sus temas. Y los temas no bastan tampoco para distanciar las ocupaciones del hombre. La quieta piel de

sueño y la pluma de silencio que envuelve a lagos y volcanes de nuestros paisajes del sur han servido indistintamente de clima propicio a la salud de almas poéticas, al optimismo industrial de los colonos alemanes de Valdivia y al celo funcionario de los directores de las oficinas de turismo del Estado.

El tema es sólo el ser singular y contingente en que la necesidad ideal y absoluta de la técnica halla su expresión cabal. En el arte es esta afirmación de inmediata claridad.

¿Podría, pues, pensarse en una “América, fuente de nuevos valores”, si los valores que van a realizarse en su cultura son los mismos que han nutrido la historia de la vieja Europa?

Hay en nuestro continente un conjunto de temas singularísimos para el artista, el político, el economista, el historiador. Hay una novela americana (Sarmiento, Blest Gana, Hernández, Güiraldes, Reyes), y un arte lleno de salud y novedad (Orozco, Rivera, Juan Francisco González, Revueltas). Los muros del palacio de la Secretaría de Educación de México están cubiertos de una colección grandiosa de frescos admirables de espíritu y estilo. Mas ¿qué es todo eso? Temática pura. ¿Le parece a usted que sea ella nuestra auténtica e importante definición? Es la pregunta que le hago, ya que mi propia respuesta, si es que mis veinte años me permiten darme alguna, sometida como está a la presión de optimismo en que aquí vivo, apenas si alcanza a nacer.

Recuerdo ahora la concepción que de una cultura ecuménica nos da el gran Keyserling en numerosos de sus escritos, especialmente en *El mundo que nace*¹⁷. El pensamiento, tan claro en él, de que en el proceso histórico de nuestro tiempo hay un “desplazamiento definitivo del acento, que da sentido a la estructura del alma” y que “este acento ha pasado de lo intransferible a lo transferible”, me viene ahora muy oportunamente para dar una base de racionalidad al pensamiento que no pasa de ser una impresión mía en mí, sin importancia para nadie.

No creo que pueda ni que deba sustraerse América a un destino de contribución al espíritu ecuménico de nuestro tiempo, y ello porque hay una creciente universalización de valores. Una cultura hermética puede bastarse a sí misma sólo cuando, como las ciudades en sitio, halla en su actividad interior la fuente de su nutrición y crecimiento. América no puede ser una fuente de valores nuevos, porque los existentes, específicamente europeos, alimentaron su pasada infancia, nutren su adolescencia de ahora y alimen-

¹⁷ El libro del Hermann KEYSERLING, *Die neuentstehende Welt*, fue traducido al español por Ramón Tenreiro y publicado en la editorial Revista de Occidente (colección “Nuevos hechos, nuevas ideas”, n.º 11) en 1926, el mismo año de su publicación en alemán. La misma traducción fue también publicada en Chile en 1935 por la editorial Osiris (colección “Mundo nuevo”, n.º 13). De la piratería editorial chilena Ortega se quejó en su artículo “Ictiosauros y editores clandestinos”, publicado en la revista *Sur* en noviembre de 1937 (V, 433-437).

tarán de seguro su ancianidad remota. Para entonces, y en bien de la soberbia americana, serán valores de una cultura universal, ya no europea, los que habrán de regir la historia, y a su conquista no habrá dejado de contribuir América, no como refutadora de la madre Europea, sino como colaboradora filial e inteligente.

América como venero de energías remozadas, como fuente de impulsos, como retoño emergente de vitalidad: he ahí el aporte nuestro. Vitalidad, pero no logos. Estos quinientos años que hay de historia americana son la historia de nuestra incorporación a una vida mundial, como el oriente ha tenido la suya, aunque más tarda y más arisca, tal vez si por su anterioridad al proceso de universalización de la cultura, que empieza eficaz y definitivamente sólo en los siglos XVIII y XIX, con la “ilustración” y la “revolución industrial”.

Y no era posible que las cosas nos ocurrieran de modo diferente. La cultura europea, ya en sus formas antiguas (egeos, griegos, romanos) o en las posteriores (gótico, romántico, contemporáneo), tuvo siempre en cada uno de sus estadios la clave de su creciente universalización. Fue tal clave el proceso creador de una cultura como *ser ideal* que poco a poco fue poniéndose al lado del objeto natural. La historia de Europa es la historia de la culturalización del hombre. Al europeo no satisfizo la arquitectura del mundo como naturaleza, y se puso a rehacer las cosas, rodeándolas de andamios. No otra cosa que andamiaje del universo son las ciencias, el arte, todas las formas de la acción del hombre. Esta idea, que usted viene aclarando hace tanto tiempo¹⁸, me parece irrefutable, aunque sea por ahora. Resultó así una dúplica gigantesca del medio humano.

Y así hemos llegado a un estadio en que se realiza un valor que para la historia pertenece a la categoría de los valores absolutos: *la vida como técnica*. Se ha logrado un instrumento que ha hecho del vivir una potencia exacerbada, henchida de impulsos crecientes. Es decir, en virtud de la cultura, la vida es muchas veces más vida y más vivida, más rica en formas y afanes. Comparemos la forma que la vida asumía para el hombre primitivo y la que asume para no-

¹⁸ Es, en efecto, una idea recurrente en Ortega: está en “Renan”, en *El tema de nuestro tiempo*, en *Las Atlántidas*, etc. Pero es probable que la reflexión de Millas se haya llevado a cabo alrededor de *La rebelión de las masas*, libro al que Millas dedicará siempre una especial consideración: “La Naturaleza está siempre ahí. Se sostiene a sí misma. En ella, en la selva, podemos impunemente ser salvajes. Podemos inclusive resolvernos a no dejar de serlo nunca, sin más riesgo que el advenimiento de otros seres que no lo sean. Pero, en principio, son posibles pueblos perennemente primitivos. Los hay. Breysig los ha llamado «los pueblos de la perpetua aurora», los que se han quedado en una alborada detenida, congelada, que no avanza hacia ningún mediodía. // Esto pasa en el mundo que es sólo Naturaleza. Pero no pasa en el mundo que es civilización, como el nuestro. La civilización no está ahí, no se sostiene a sí misma. Es artificio y requiere un artista o artesano. (...) La selva siempre es primitiva. Y viceversa. Todo lo primitivo es selva” (IV, 428).

sotros. El carácter vegetativo, lento, de cálido y dulce sueño que para aquél tuvo la existencia, hase transformado en la zozobra, la tensión, el afán, la responsabilidad que es para nosotros. La vida que griegos y vikingos se pusieron a hacer en el casquete de Europa ha llegado ahora a realizar las posibilidades máximas del hombre. Entre los Urales y el Atlántico, el Mediterráneo y el Mar del Norte, se produjo un elevado potencial que se descargó hacia los polos de potencial más bajo. La tensión así creada entre Europa, por un lado, América y Oriente, por el otro, es la génesis de un estado eléctrico mundial que se puede llamar con Keyserling la “cultura ecuménica”.

Se me ocurre que, al menos por ahora, se está logrando quizá si por primera vez en la historia, “una expresión del hombre”, en el sentido universal y absolutista que luce el giro. Todo el orbe colabora hoy en día en espectáculo de imponente sincronismo a la consecución de ciertos valores universalmente aceptados. La humanidad está elaborando un mensaje cuyas páginas se abren de la China a América, pasando por Europa. ¿Tiene este mensaje un idéntico sentido en todas partes? ¿Hay un mismo afán en lo que dice el español cuando grita “¡quiero!”, y lo que significa el inglés con su “I will!”?

Aquí remata la pregunta gravísima que yo le hago, creyéndolo a usted el idóneo resolutor. No sé si le alcance el dramatismo que tiene para mí y otros muchos americanos su sentido. Pero piense un momento en que de su respuesta depende nada menos que la adhesión o la repulsa al destino de un continente.

Mi transitoria creencia es que el “modus operandi”, es decir, la técnica –toda técnica: la filosófica, artística, política, doméstica, jurídica, y no sólo la industrial– ha alcanzado ciertos valores que han terminado por imponerse a todos, transformándose en un modo general de expresión. Donde hallo con más claridad el fundamento de mi aserción es en política y las artes industriales con la economía.

En efecto, ha habido en el último siglo una como etapa escolar del mundo, en que un maestro exigente, Europa, enseñaba a sus alumnos del resto del orbe las primeras letras de una cartilla entretenida y tentadora: la técnica novecentista de la diplomacia y de la industria. Los discípulos fueron muy aventajados, tanto como lo exigían las duras “lecciones” del profesor (recuerdo aquí las guerras de los boers y la demostración bética ante los dormidos puertos japoneses en el 1850). Y hoy en día se traban en el mismo plano de autoridad con el maestro de hace un siglo, desconociendo el “magister dixit” de entonces.

Por eso es que hay en este momento una “política mundial” como la que se gesta, a la manera de los hilos de una araña, entre Tokio y Roma, Londres y Washington, en torno al calvario español¹⁹; hay un “absurdo diplomático mun-

dial”, como es la Sociedad de las Naciones; hay un “problema mundial de la industria”, como es la fabricación sintética del caucho o del salitre o la explotación del petróleo; y hay también, y con dolor, un problema mundial de la dignidad del hombre, de la decencia del hombre, como usted diría, en los momentos en que mundialmente se ve ofendida por la degradación fascista. Y lo que tiene certeza teatral y evidente en los planos exteriores de la política y la economía, la tiene más sutil y silenciosa en otras creaciones, como el pensamiento científico, filosófico o artístico. Nadie podrá negar que la ciencia y la filosofía ofrecen hoy problemas igualmente válidos en ambas antípodas, y que la exposición de un pensamiento luminoso y meridiano tienta a la vez a los editores de Berlín y Santiago, de Madrid y Pekín.

Hay, pues, una *universalización de valores*, una cultura ecuménica. ¿Para bien? ¿Para mal? ¡Qué largo sería discutirlo! ¿Para siempre? No es de creerlo. Puede tratarse de un síntoma propio de nuestra singular fisiología histórica, que de seguro será reemplazada. Pero el *ecumenismo* es un imperativo de hoy, de la actual porción de la vida histórica, temo que contra él, que es un hecho, nada valgan todos los desorbitados nacionalismos, que son sólo un afán, y un lamentable afán.

En la coyuntura de esta perspectiva y de estos pensamientos de adolescente de buena voluntad estoy esperando mayor claridad y certidumbre. Y a usted se las pido, devotamente esperanzado.

No se me escapa que esta larga divagación ha de haberle parecido a usted animada de presunción y pose. Hay en ella un como tono de quien dicta lecciones al auditor paciente que carece de quehaceres más trascendentales. Pero no, que no quiero andar yo por tales caminos de vanidad. Se trata sólo de un afán de búsqueda que he acometido a través de mi interioridad. He caminado hasta aquí con traje de explorador, y no me es, pues, extraño un aire de hombre enhiesto y avisado.

Al cabo de estas páginas puede usted ver que me he recogido como un ovillo enterado con hilachas. Estas son líneas de puntas atadas. Mas había que anudarlas así, cabo a cabo, porque cabía parar en el riesgo de perderlas.

Al plano en que se dan las coordenadas superiores que a usted lo determinan, a esas altitudes de pleno mediodía, va hoy este poco de sustancia viva, que intencionalmente he presentado en “status nascens”.

¹⁹ El impacto de la Guerra Civil española en la sociedad chilena de la época fue enorme, hasta el punto de convertirse en motivo identitario de la joven generación de escritores (*vid.* en propósito *Literatura (chilena) y Guerra civil (española)*, número monográfico de *Palimpsesto. Revista Científica de Estudios Sociales Iberoamericanos*, 2018). Nótese que el primer libro de Millas, publicado en 1937, se titula precisamente *Homenaje poético al pueblo español*.

Mi posición, usted lo ve, es algo desventurada. Mas me consuela la dulce bienaventuranza bíblica reservada a los hombres de buena voluntad.

Atenea. Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes,
Universidad de Concepción, Chile, Año XIV, Tomo XXXVIII, n.º 147,
septiembre de 1937, pp. 561-573.